

sentido de cuerpo y de instintiva autodefensa gremial, cada vez que llega un intruso a la redacción, primero le miramos por encima del hombro y, después, si podemos, le hacemos la vida imposible o, si es majo, el vacío. Al menos por una temporada. Que sienta en sus carnes que no se entra en una profesión por la gatera. ¡Con los años de estudio y con los quebraderos de cabeza que nos ha costado a los titulados! Para que después vengan algunos descarados y se cuelen de rondón. Sobre todo desde que gana adeptos, también en España, la teoría americana de que periodista puede ser cualquier universitario al que, una vez terminada su carrera, se le da un barniz periodístico. Y en las redacciones desembarcan legiones de licenciados en "Económicas y Empresariales" o en "Derecho". Pero por mucho que digan los americanos, no es lo mismo. Primero, porque un periodista de raza es un periodista vocacionado, que se ha pasado años soñando con una redacción y no con un banco o con la gerencia de una multinacional, como los que vienen de esas carreras técnicas.

Pero últimamente los intrusos son tantos que el vacío nos lo hacen ellos a nosotros. Porque, hoy, en el periodismo, se llevan los "especialistas" en economía, en bolsa, en ecología, en religión, en ONG's y hasta en vinos. Y los periodistas de siempre, los auténticos, los fetén, los que han aguantado carros y carretas en una Facultad donde no se aprende nada pero se aprende todo, esos tales están en fase de extinción.

Pero no se trata aquí de periodistas, sino de traductores. Lo que pasa es que yo soy un periodista del diario *El Mundo* (de los fundadores del año 89, cuando en la redacción se respiraba aire de pioneros y clima de reto grande y enorme) que, por la fuerza de las circunstancias, se tuvo que convertir también en traductor. Y compaginar ambas cosas. Un periodista reciclado a traductor por obligación. Porque tuve la suerte de llegar a la redacción conociendo a fondo dos idiomas (francés e italiano) y porque en aquella empresa naciente, en aquel sueño imposible liderado por Pedro J., todos hacíamos de todo.

II. UN INTRUSO SEDUCIDO

En 1988, cuando Pedro J. y otra serie de compañeros de *Diario 16* rompen amarras con sus raíces y deciden lanzarse a la aventura de un nuevo periódico, yo trabajaba en la revista *Vida Nueva* y en el diario *YA*, que empezaba a dar señales de agotamiento. De hecho, unos años

después, moriría, tras pasar por toda una serie de avatares que le condujeron, finalmente, a las fauces de Emilio Menéndez, que convirtió la emblemática cabecera de la Conferencia Episcopal en una gacetilla indecente.

Allí me vino a buscar Pedro J. para que me encargase de la información religiosa de su periódico. Desde entonces, llevo casi trece años simultaneando la corresponsalia religiosa de *El Mundo* con la traducción de todo lo que en el periódico se publica en francés y en italiano.

Pero con la misma sinceridad con la que confieso ser un intruso en el universo de la traducción, también tengo que reconocer que muy pronto me sentí seducido por esta nueva faceta profesional. Quizás porque en mi época de Instituto estudiábamos ya latín y griego. Y ya entonces "gozaba" traduciendo a César en *la Guerra de las Galias* o a Demóstenes... Nunca lo había pensado detenidamente, pero quizás de ahí me venga mi vocación, primero frustrada y después realizada, de traductor. Recuerdo mi pasión traduciendo a Cicerón o a Séneca y, tras vencer las dificultades sintácticas y lingüísticas, el placer de entender sus relatos y de poder presentárselos al profesor. O el placer de intentar desvelar los misterios de la prosa de Demóstenes, el gran orador griego del que nos decían que había sido tartamudo y que había superado su tara colocándose una piedrecita debajo de la lengua. Hasta hacíamos concursos de traducción rápida y de búsqueda rápida en el diccionario latín-español.

El caso es que le cogí el gustillo al asunto y hasta hoy: la vida me condujo a ser un periodista-traductor. El primer título lo gané en buena lid de Facultad, con doctorado incluido, y, después, en la arena informativa. El segundo no lo gané en la Facultad, pero creo haberlo merecido en la arena de la traducción diaria. Además, a los periodistas intrusos les dejamos de considerar como tales después de cinco años de "purgatorio". Y yo ya llevo casi quince de traductor. Creo, pues, haberme ganado a pulso el título y la pertenencia a la tribu. Aunque sólo sea como asimilado.

III. LA TRADUCCIÓN PERIODÍSTICA: UN TRABAJO APASIONANTE

El periodismo es un vértigo, una carrera a ritmo trepidante, un tiovivo que gira siempre a la máxima velocidad. Una maquinaria

informativa que no descansa ni de día ni de noche (hay un turno de noche) ni en vacaciones de verano ni siquiera en Navidades. Pero es también el periodismo una plataforma sin igual para divisar el ancho mundo, con todas sus tripas al aire. Y, por supuesto, se consagra cada vez más como el "quinto poder" o el cuarto o, a veces, el primero. Su influencia es enorme, porque es el órgano de comunicación entre las élites sociales. Y porque la información es poder. Y quizás por todo eso el mundo de la información engancha.

Las bien engrasadas maquinarias periodísticas giran a toda máquina para seleccionar la ingente cantidad de información que llega a la redacción (sólo se publica el 10% de la información que se recibe), "empaquetarla", contextualizarla y tenerla preparada en pocas horas para poder imprimirla y colocarla en manos de los lectores a primera hora de la mañana siguiente. Mientras entran los teletipos y suenan los teléfonos e Internet echa chispas y los compañeros comentan de lo divino y de lo humano, cada cual prepara su información. A todo gas. A veces, sin apenas tiempo para que sedimente. La hora de cierre planea siempre amenazadora. Y las maquetas en blanco claman al cielo. Y los redactores-jefes quieren rellenarlas cuanto antes...

Imagínense lo que significa traducir en estas condiciones. Al final, la traducción se convierte en una tarea casi milagrosa, tanto en el fondo, como en la forma. Hagamos un pequeño repaso a algunas de las características o peculiaridades específicas de la traducción periodística.

A. EN VANGUARDIA

Ser traductor de prensa significa estar en la vanguardia idiomática de las lenguas que se traducen. Es obvio que surgen sin cesar palabras nuevas y que el crisol donde se lanzan, se pulen y se acuñan suelen ser los medios de comunicación. Términos políticos, sociales, musicales, tecnológicos. Procedentes de todas las lenguas, sobre todo del inglés, con su gran capacidad colonizadora (por su plasticidad, su brevedad y la fuerza del imperio yankee detrás), pero también del francés o del italiano, que son las lenguas a las que me dedico.

De hecho, los rellanos de escalera de los bosques de torres que pueblan las *banlieue* (suburbios), los tugurios en los que se juntan las pandillas, las cuevas del *rap* y del rock, los liceos de los barrios "sen-

sibles", los bares y discotecas más *branchés*, los subterráneos de la droga y las criptas de Internet son hoy en Francia fecundos laboratorios lingüísticos. A todas horas nacen nuevas palabras surgidas de la manía de invertir las sílabas (*verlan*) y nuevos vocablos nacidos del choque entre el francés y el árabe, las lenguas centroafricanas, el inglés e incluso el español. Hay también producciones puras, creaciones caprichosas inventadas a partir de la nada, junto a una multitud de apócopes (palabras privadas de su sonido final) y de aféresis (supresión del sonido inicial), metáforas y metonimias. Los cantantes de *rap* y otros "poetas de la fractura social" francesa que gestionan la función de transformar la lengua convencional en un lenguaje críptico al alcance de iniciados atentan a diario, gustosos, contra las leyes de la gramática en un guiño permanente de complicidad hacia los jóvenes iletrados.

Orfebres o dinamitadores del idioma, artesanos o saboteadores, cientos de miles, millones de jóvenes —preferentemente hijos de la inmigración— participan en esta tarea colectiva de crear nuevos lenguajes. ¿Es éste el neofrancés? Mientras, los puristas y muy puritanos académicos de la *langue française* estudian, circunspectos, la pretensión izquierdista de dar por bueno el término "madame la ministra". Claro que, comparados con Víctor Hugo, el escritor que a través de sus novelas introdujo la jerga en la alta sociedad francesa, los nuevos asaltantes de la fortaleza idiomática francesa vienen a ser un ejército de vándalos que distorsionan y manipulan sin escrúpulos, que encanallan, en suma, la lengua de Baudelaire. Es un asalto en toda regla: frontal y desafiante, y también una invasión soterrada y progresiva que alcanza ya al centro mismo de las ciudades.

Lo peor es que el *verlan* (constreñido a la *banlieue* parisiense) y el resto de las creaciones idiomáticas parecen escapar a todo intento de asimilación. Aunque términos como *beur* (por magrebi), *meuf* (mujer) o *keuf* (policía) y otros muchos han sido ya incorporados a algunos diccionarios y utilizados por la publicidad, la labor de descodificación se presenta casi imposible, porque las *tchatches*, las jergas de las *banlieues*, diferentes en Lyon, Marsella o París, no son en absoluto uniformes y están en permanente mutación. Para cuando los adolescentes de los barrios burgueses descubren el significado de *findus* (por el pescado), *carte bleu* (tarjeta de crédito) o *skeud* (*verlan* de disco), términos todos ellos que designan a las chicas carentes de curvas anatómicas, los creadores del neofrancés andan ya en nuevos inventos.

Lingüistas como Claude Hagège ven en esto la expresión de una revuelta, la manifestación de un malestar provocado a veces por el fracaso escolar o por un sentimiento de exclusión. Se trata de manipular la lengua hasta transformarla en propia, de retorcerla hasta que el léxico resulte incomprensible para los extraños, es decir, los padres, la policía, la burguesía. *La haine* (El odio), la película que narra las andanzas trágicas de una cuadrilla de suburbio, tuvo que ser subtitulada en francés cuando fue presentada al gran público.

Y sin ir tan lejos, un periódico clásico francés de la izquierda, el prestigioso *Libération*, se caracteriza por utilizar, sobre todo en sus páginas culturales más juveniles, como aquellas en las que aborda las tendencias musicales, teatrales o cinematográficas, un francés trufado de neologismos y de palabras recién horneadas.

Todo eso significa que el buen traductor y, especialmente, el traductor de prensa tiene que estar siempre conectado a la actualidad y siempre aprendiendo, tanto a nivel lingüístico y cultural como a todos los demás niveles.

B. "BOCCATO DI CARDINALE"

Otra de las ventajas de la traducción periodística es el poder seguir casi al día la evolución del pensamiento y del debate intelectual a través de los grandes nombres de la "intelligentsia" europea y mundial. Está claro que, en los periódicos, se suele publicar lo mejor de los artículos de opinión de otros países y que las grandes firmas adquieren relevancia nacional cuando salen en la prensa o salen en la prensa diaria porque ya están consagradas como grandes firmas.

Es un privilegio ser el primero en saber qué piensan los grandes intelectuales, los más prestigiosos científicos, los pensadores consagrados o los políticos más influyentes.

Por mis manos han pasado artículos de Habermas, Umberto Eco, Alain Minc, Baudrillard, Tabucchi, Montanelli o Manfredi, sin contar con los artículos de opinión de todos los grandes líderes mundiales, como Chirac, Jospin, Blair, Gorbachov, Romano Prodi o Silvio Berlusconi.

Durante unos diez años he traducido semanalmente el "Bloc de notas" de uno de los intelectuales franceses más conocidos, el filósofo Bernard-Henry Levy. Durante más de diez años he gozado semanal-

mente con la traducción de sus artículos, a mi juicio, extraordinarios, tanto en el fondo como en la forma. En el fondo, porque se trata de un escritor comprometido, un intelectual que se mancha las manos y toma partido por las causas más nobles. Él defendió más que nadie la Bosnia multicultural de la limpieza étnica serbia y defiende, ahora, a los intelectuales españoles que, como Fernando Savater, están perseguidos y acosados en el País Vasco. Y en la forma, porque Levy es un escritor con estilo periodístico: directo, claro y tajante. Eso sí, con adjetivos muy precisos y afirmaciones redondas, a veces difíciles de trasladar al español.

Tras haberle traducido durante tantos años (hace dos años que *El Mundo* suspendió su colaboración semanal), he llegado a compenetrarme a fondo con él y con su pensamiento. Al final, conocía no sólo su forma de pensar, sino también su forma de ser y de escribir, sus tics, sus lugares comunes, sus ideas fijas, sus manías. A ello contribuyó también la traducción de sus grandes reportajes, en los que también brilla de una forma extraordinaria.

Todavía recuerdo sus reportajes de Argelia, donde plasmaba todo el odio y la sangre derramada por el fanatismo de unos pocos islamistas. O sus estancias en Afganistán al lado del comandante Massud, el león del Panchir. O sus maravillosas y geniales descripciones de las "guerras olvidadas". Descripciones siempre trufadas con sus certeras y profundas reflexiones sobre el ser humano o sobre el devenir de la humanidad y de la historia. Reportajes que junto a sus reflexiones siempre atinadas traduje más adelante para un libro, titulado *Las guerras olvidadas* y publicado en España por la editorial Temas de Hoy.

Amén de los artículos y de los esporádicos grandes reportajes de Bernard-Henry Levy, también tuve que traducir las mejores colaboraciones de periodistas tan acreditados de *Libération* o del *Corriere della Sera* como Alessandra Farkas, Ennio Caretto, Alain Duhamel o Fabrice Rousselot. En esta bendita profesión, uno se codea con la "crème de la crème". Eso sí, a distancia y sin que nadie se digne mandarte, al menos una vez en la vida, una botella de Burdeos o un paquete de pasta italiana.

Y es que la profesión de traductor es remedio contra soberbia. Somos los artistas silenciados. Algún día habría que romper este silencio impuesto y reivindicar la creatividad artística tan especial de los traductores.

C. UNA TRADUCCIÓN ESPECIAL

La traducción periodística, a mi juicio, no es una traducción técnica, porque es más que técnica. Es técnica y, al mismo tiempo, periodística.

La traducción en prensa es especial, porque el medio que la recoge es especial. Se trata de verter todo lo que se traduce en el molde periodístico. Si no, no vale. Por muy bien hecha que esté. Y el lenguaje periodístico ya saben ustedes como es: de frase corta, mucho punto y bien construido. El que no es capaz de adaptarse a este estilo, tiene que irse con la traducción a otra parte.

Incluso los artículos de fondo y las columnas de opinión tienen que estar impregnadas de este estilo.

Por ejemplo, una buena entrevista en italiano o en francés puede ganar o perder mucho con la traducción. Para que gane, hay que buscar el titular, hacerle decir, sin falsearla, lo que dice, pero de la forma más impactante, llamativa y rotunda posible.

La traducción periodística es también especial porque abarca todos los géneros periodísticos (desde la simple noticia, al reportaje, pasando por el artículo de opinión o el editorial) y todos los temas. He hecho traducciones de la temática más inverosímil. Artículos sobre sujetadores o casas de madera del Canadá o la emigración de los patos o el milagro de la sangre de San Genaro. Desde las declaraciones de Del Piero hasta lo que piensa el cardenal Ratzinger o el arzobispo de París, monseñor Lustiger. De ahí la importancia y la imperiosa necesidad que tiene el traductor de prensa de ser una persona enciclopédica, que sabe un poco de todo y mucho de casi nada. Hay que estar al día en todas las facetas de la temática que forma parte de un periódico, especialmente en política, cultura, música, deportes, educación, cine, religión, ciencia, solidaridad... todo.

D. RECREAR SIN FALSEAR

El traductor de prensa es, quizás por la propia naturaleza del medio para el que traduce, un recreador, un escritor, delimitado por la idea que debe recrear y por el género periodístico en el que tiene que verter su traducción. ¡Cuántas veces he tenido que reescribir reportajes para hacerlos más atractivos, seductores o llamativos, sin que pier-

dan la fidelidad a lo que el autor cuenta! Reescribir mejor que el propio texto. Al menos, periodísticamente mejor. Y sin falsa modestia. Muchas veces hay que reescribir incluso las contestaciones de un determinado personaje en una entrevista. Para dejarlas más redondas, más afiladas, más llamativas, sin perder de vista la fidelidad a lo que el entrevistado quiere decir. O sea, ser fiel sin dejar de ser periodístico y, para ello, hay que amoldar, con mucha flexibilidad, la realidad del discurso al género periodístico, como el agua del arroyo se amolda a los cantos, a los troncos e, incluso, a las hierbas con las que se cruza en su discurrir. Y, a veces, no es nada fácil. Es el eterno debate entre la letra y el espíritu de lo que se traduce, entre la literalidad y la idiomatización. Y es que, al final, de lo que se trata en la traducción en prensa es de recrear un texto en el que lata la voz del autor, sin renunciar por ello a la voz del traductor.

E. EL CONOCIMIENTO DE LA CULTURA Y DE LA ACTUALIDAD

Otra de las características de la traducción en prensa es que exige, como cualquier otra traducción, el conocimiento profundo y completo de ambas culturas (la de la lengua que se traduce y la propia) y, además, un conocimiento profundo de la actualidad. El traductor de prensa tiene que estar absolutamente al día de lo que pasa y puede pasar en los países de los que traduce. En mi caso concreto, tengo que estar siempre al día de lo que ocurre sobre todo en Francia y en Italia. Y cuando digo todo, digo todo. Porque hay que estar muy bien informado de la realidad política, que marca en profundidad la agenda informativa, pero también de la agenda cultural o científica o deportiva de los dos países citados. Para eso leo, por supuesto, varios periódicos, tanto franceses como italianos, todos los días, así como varias revistas de información general. A eso hay que añadir las estancias prolongadas, tanto en vacaciones como por motivos de trabajo, en Francia y en Italia. A veces, al hablar con algunos periodistas franceses o italianos no puedo evitar la sensación de saber más que ellos de su propio país. Quizás porque mi conocimiento es más desapasionado, por distante, y más de conjunto. La tensión de estar siempre al tanto de la actualidad francesa e italiana me lleva, por ejemplo, a ver sus principales cadenas de

televisión. O a no poder prescindir ni un solo día de la lectura de sus principales diarios. Bendita deformación profesional.

F. OTRAS CIRCUNSTANCIAS QUE HACEN ESPECIAL LA TRADUCCIÓN EN PRENSA

El tiempo: en la prensa todo es para “ya mismo”, lo que significa, en la mayoría de los casos para el mismo día, incluso para una hora después. En otras ocasiones, hay un día de plazo o dos, en casos excepcionales. Pero lo habitual es el aquí te pillo aquí te mato. El tiempo es una de las grandes servidumbres de la traducción en prensa. Es decir, hay que traducir casi siempre sobre la marcha, sin apenas tiempo para corregir o revisar a fondo. Siempre pendiente de la hora de cierre. Recuerdo, por ejemplo, el caso reciente de dos traducciones de sendos textos de la escritora italiana Oriana Fallaci. El primero, titulado “La rabia y el orgullo”, publicado en tres entregas los días 30 de septiembre y 1 y 2 de octubre de 2001. La primera entrega, que ocupa tres páginas enteras del periódico tuve que hacerla en poco más de cinco horas. Y eso que el italiano de Oriana Fallaci no es nada fácil, aunque sea muy periodístico y muy desgarrado. El 18 de marzo de 2003, Oriana volvió a la carga con otro artículo titulado “La rabia, el orgullo y la duda”, que ocupó dos páginas enteras del periódico y que también tuve que traducir en poco más de cuatro horas.

Dado que el tiempo urge, el traductor de prensa está siempre disponible. La disponibilidad horaria es total: para cualquier momento del día o de la noche, en fines de semana o fiestas o vacaciones. Un traductor de prensa está siempre disponible, siempre conectado al móvil y con el ordenador portátil siempre a mano. He tenido que hacer traducciones en el Caribe, en Disneyland París y en la Plaza de San Pedro, por citar algunos lugares citables.

Las materias: se traduce absolutamente de todo y para todas las secciones del periódico: desde internacional a sociedad, pasando por economía o deportes. Hay que saber, pues, de todo. Estos últimos días he traducido: una entrevista a Silvio Berlusconi, un reportaje sobre la vinoterapia en Francia y un artículo sobre los PMA (Países Menos Avanzados).

Eso sin contar con las traducciones para suplementos semanales (como el *Magazine* o *Crónica*) o las revistas especializadas de la Casa, como *Treinta Leguas* o *La aventura de la Historia*.

Traducción, pues, multidisciplinar, lo cual exige estar al día en todos los campos, y, al mismo tiempo, superespecializada. Un traductor especializado en medicina o en arquitectura se dedica sólo y exclusivamente a esa temática. El traductor de prensa tiene que especializarse en todas las temáticas, porque a su mesa pueden llegar y de hecho llegan traducciones de todo tipo. Un traductor, pues, generalista y, al mismo tiempo, multiespecializado. Un todoterreno.

En el anonimato: si la labor del traductor es ya de por sí anónima, la del traductor de prensa es una traducción casi oculta. La mayoría de las veces no aparece la firma. Y eso que en todos los libros de estilo de los periódicos, incluido el de *El Mundo*, se dispone que al final de cualquier texto traducido debe aparecer el nombre del traductor. Pues no se hace casi nunca. Depende del espacio o del jefe de sección que esté en ese momento. Normalmente, en *El Mundo*, se suelen firmar los artículos de opinión traducidos, pero nunca las entrevistas ni los reportajes o los artículos normales. En esos casos, se sabe que es una traducción, porque en el encabezamiento aparece la firma del autor extranjero y, por debajo, aparece el diario en que se ha publicado, al lado del diario que lo reproduce. Pero el traductor, en el limbo. Además, mientras los traductores literarios se especializan en determinados autores, de los que llegan a ser sus mejores conocedores y hasta intérpretes, los traductores de prensa no podemos especializarnos en nadie, porque tenemos que traducir a todos. A no ser en casos muy excepcionales, como el ya referido de Bernard-Henry Levy o el de Oriana Fallaci.

En la precariedad: nos pagan como peones cuando hacemos la tarea de un arquitecto. Somos artistas, pero nadie nos lo reconoce. Ni siquiera a nivel económico. Se está pagando hoy, como mucho, en prensa, a 10-12 pesetas la palabra. Ni para comer. A nivel teórico, los responsables periodísticos reconocen que un buen traductor hace, a veces, las funciones de varios redactores especializados. Porque, en muchas ocasiones, el traductor de prensa no sólo traduce, sino que, por indicación del correspondiente redactor-jefe o jefe de sección, resume y condensa la traducción para encajarla en el espacio y en las líneas disponibles. Con los correspondientes agradecimientos, pero sin que ello se traduzca en una dignificación de la profesión a nivel económico.

IV. PARA SER UN BUEN TRADUCTOR DE PRENSA

En definitiva y a modo de conclusión, me permito resumir telegráficamente lo que, por mi propia experiencia, considero que son las principales "virtudes" que debe atesorar un buen traductor de prensa. Por si valen de algo.

Tener las dos carreras (periodismo y traducción) y compaginarlas profesionalmente. Aunque, en mi caso concreto, llegué a la traducción desde el periodismo y sin licenciatura en traducción, considero que sería sumamente interesante que, en el futuro, se arbitrara una especialidad, si es que no existe ya, en la carrera de traducción sobre la traducción en prensa.

Dominar perfectamente el castellano. El periodista vive del manejo de la palabra. El traductor en prensa vive del manejo de dos palabras: la suya y la ajena, su idioma y su cultura y el idioma y la cultura del que suele traducir. Y, para eso, sólo conozco un camino: leer y escribir sin desmayo. Siempre he pensado y mi experiencia me lo confirma que, para ser un buen traductor, lo esencial es dominar la lengua a la que se traduce y de la que se traduce. Pero, si me apuran, quizás incluso un poco más la lengua propia que la ajena.

Conocer la historia y las instituciones de los países de las lenguas de las que se traduce. Las personas que salen en los periódicos forman parte, normalmente, de las élites político-sociales y, habitualmente, dirigen las instituciones de sus países de origen. Es ineludible, pues, conocer a fondo no sólo tales instituciones, sino también su historia, su pasado y su devenir.

Seguir la actualidad de los países de los que se traduce. Pero al día, como queda dicho y en todas las facetas de la vida social y cultural.

Familiarizarse con las nuevas tecnologías, aunque sólo sea para acceder a la información, porque para traducir, al menos por ahora, siguen dejando mucho que desear. Y ojalá sigan siendo así. Y siempre será así, porque una máquina no puede traducir el "alma" de una frase ni el espíritu de una declaración.

Amar la profesión. Porque ésta es una profesión que engancha, una profesión creativa, una profesión siempre al límite, con enormes dosis de aventura y de riesgo, de seducción y de "gusanillo". Una profesión que hay que reivindicar y dignificar. Una profesión con futuro.

LA TRADUCCIÓN EN "LE MONDE DES LIVRES" Y EN "BABELIA"

Carmen Cortés Zaborras

Universidad de Málaga

Trazar una imagen de los trujamanes y de su labor tomando como referencia las páginas culturales de la prensa diaria es una empresa ardua ya que los críticos suelen ser un tanto cicateros con la traducción. Tan sólo en raras y felices ocasiones se extienden en sus comentarios y, a menudo, debemos darnos por contentos con brevísimas alusiones al producto o a su difusión. En un principio no parece muy alentador, pero el escrutinio de los suplementos literarios de un periódico puede instruirnos sobre cómo y qué se traduce, así como sobre otros muchos fenómenos, por regla general de índole sociológica, que están más o menos íntimamente ligados a la traducción.

Al ocuparnos de estas cuestiones en las páginas que siguen, si bien no pretendemos ofrecer una recopilación exhaustiva de todos los casos en los que se nombra la traducción o a los traductores —resultaría prolijo y, a veces, irrelevante—, no queremos dejar en el tintero ninguno de los aspectos que se abordan en nuestro corpus, los suplementos literarios de *Le Monde* y *El País*,¹ ni tampoco los diferentes puntos de vista desde los que son tratados.

¹ Está formado por los suplementos de *Le Monde* ("Le Monde des livres", publicado todos los viernes, y "Le Monde des livres de poche", publicado el primer viernes de cada